

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Médicos de ciencia y de conciencia. La Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Juan Eduardo Vargas, Benedicto Chuaqui, Ignacio Duarte. Ediciones Universidad Católica de Chile: Santiago de Chile. 2005 (620 páginas).

Este excelente y muy bien documentado libro nos da cuenta del origen y trayectoria de la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile, de las dificultades que debió enfrentar así como de sus logros que le han permitido, a través de 75 años de esfuerzos y progreso sostenido, convertirse en una de las más prestigiosas Escuelas de Medicina del país y de Latinoamérica.

El nacimiento de esta Escuela no fue fácil y se inscribe en una época de la historia de Chile que el campo educacional universitario estaba dominada por la educación pública inspirada en el concepto del "Estado docente". Una universidad privada como la Universidad Católica había logrado tener presencia sólo en algunas áreas educacionales de carácter humanístico y se asomaba tímidamente en las de carácter científico.

Los autores organizaron el libro en 8 Capítulos en los que se relata los períodos de mayor significación en el desarrollo de la Escuela de Medicina, centrados en los acontecimientos de cada época y en la obra de los sucesivos Decanos que la han conducido. En ellos se incluye, también, una descripción de la importante labor desarrollado por los profesores que se desempeñaron como Directores de la Escuela. El epígrafe de cada uno de los capítulos nos revela el contenido esencial que los inspiró.

Cada Capítulo incluye una completa bibliografía y extensas y pormenorizadas notas bibliográficas y, el libro, un Plano histórico y un Índice onomástico.

En el Primer Capítulo, que los autores denominan "*Los primeros intentos*", se nos habla de los difíciles momentos iniciales entre 1888 y 1929, años de fundación de la Universidad Católica y de la Escuela de Medicina, respectivamente. En el decreto de la creación de la Escuela se consigna en forma precisa las razones principales que la motivaron, una de orden religioso y otra de orden social: "*... interesa en sumo grado a la sociedad la formación de médicos en quienes las familias cristianas depositen su entera confianza, ya por la solidez y amplitud de sus conocimientos, ya por la identidad de sus creencias*". Se consideró, además, que "*es un bien positivo que se aumente el número de médicos como quiera que existen poblaciones privadas de la conveniente asistencia científica por falta de facultativos*". En palabras del ilustre Rector Monseñor Casanueva se trataba de formar "*médicos de ciencia y conciencia*".

En el Capítulo 2: "*Los primeros años de la Carrera (1930-1941)*", se describen sucesivamente los decanatos de los doctores Carlos Monckeberg -su Decano Fundador-, el de Luis Calvo Mackenna y el primero de Cristóbal Espíldora; y, en el Capítulo 3: "*Hacia la autonomía docente (1942-1955)*", el segundo período de Cristóbal Espíldora y el decanato de Rodolfo Rencoret. El Capítulo 4: "*El crecimiento y la crisis*

(1954-1967)", reúne el segundo decanato de Rodolfo Rencoret y los de Fernando García-Huidobro, Roberto Barahona y Juan de Dios Vial. El Capítulo 5: "*La Escuela de medicina y la reforma (1968-1974)*", relata la labor de los Decanos Juan Ignacio Monge, Hugo Salvestrini y Ramón Ortúzar. El Capítulo 6: "*La Escuela reformada y el título de médico-cirujano (1975-1982)*" incluye el primer decanato de Pablo Casanegra y el de Carlos Quintana y el Capítulo 7: "*Los estatutos de la Facultad y la ampliación del campo clínico (1983-1991)*", el segundo decanato de Casanegra y los dos de Ricardo Ferreti. El Capítulo 8 y final: "*La escuela de medicina hacia el siglo 21*", reseña la labor de los dos decanatos de Pedro Rosso y el de Gonzalo Grebe, actual decano.

Como era esperable, en sus primeras décadas la mayoría de los profesores de la Escuela provenían de la Universidad de Chile; posteriormente, dispuso de profesores formados en la propia Universidad Católica.

En cada uno de los períodos reseñados se hace una detallada revisión del gobierno institucional, las actividades académicas, las asignaturas y profesores, el equipamiento y espacios físicos, las circunstancias económicas, las características del alumnado, etc., señalando no sólo los avances obtenidos sino que también con mucha transparencia las dificultades y desencuentros que se enfrentaban. En su conjunto, el relato nos da cuenta del esfuerzo permanente de sus profesores por hacer progresar la Escuela y fijar progresivamente nuevos objetivos y lograr nuevas metas institucionales.

Probablemente, una nota característica de la Escuela fue un desarrollo sin apresuramientos, ligado a la disponibilidad de recursos humanos y financieros. Así, los siete años de duración que tiene la Carrera de Medicina en nuestro país fueron completados en un lapso de veinticinco años y el número de alumnos fue incrementado en forma paulatina a medida que la Escuela se consolidaba.

Hitos de gran significación para la Escuela fueron la construcción del Hospital Clínico en 1939 (que entró en funcionamiento en 1943) y la inauguración del policlínico en 1940, "cuya finalidad principal era la atención de los pobres"; la creación de la Escuela de Ciencias Biológicas en 1952, destinada a impulsar la investigación en ciencias básicas; la obtención legal de su autonomía académica en 1955, que le permitió dar curso a políticas y estrategias educacionales propias e innovadoras; la creación del Internado en 1956; la creación en 1962 de becas para la formación de especialistas médicos; los convenios con hospitales públicos, en particular, en 1970 con el Hospital Sótero del Río, con el fin de expandir los campos clínicos para entrenamiento de los estudiantes; la creación del Centro de Diagnóstico en 1980, destinado a actividades asistenciales y académicas; el otorgamiento autónomo del título de médico-cirujano en 1981, hasta entonces prerrogativa exclusiva de la Universidad de Chile; la inauguración del Centro de Investigaciones Médicas en 1990; la puesta en marcha del Programa de Estudios Médico Humanísticos en 1998 y la Acreditación de la Escuela por la Comisión Nacional de Acreditación en el año 2002. En verdad, el notable desarrollo de la Escuela en todas sus facetas se produjo especialmente en los últimos cincuenta años, incluyendo un fuerte impulso a la formación de especialistas médicos, al desarrollo de grupos calificados de investigadores y a la expansión y modernización de su biblioteca.

Hay que señalar que en la época de fundación de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica, la disponibilidad de médicos era muy deficitaria y las condiciones sanitarias del país precarias, de modo que su creación, además de su motivación religiosa, debe ser vista como una contribución a la tarea educacional del Estado y al desarrollo de la medicina en el país.

No obstante referirse a una Escuela en particular, este libro constituye un aporte significativo al conocimiento de la evolución de la medicina y la educación médica chilenas. Demuestra que la creación de una nueva escuela de medicina no se improvisa y su afianzamiento requiere gran dedicación y un esfuerzo sostenido en el tiempo. La experiencia con ésta y algunas otras escuelas de medicina chilenas pareciera indicar también que el apoyo y supervisión por el sistema educacional establecido de una nueva Escuela de Medicina en sus etapas iniciales de desarrollo hasta alcanzar su plena autonomía académica resulta beneficiosa para la propia institución y el país.

Mirado retrospectivamente, el proyecto de creación de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica de 1929 ha sido tremendamente exitoso. A juzgar por la historia del desarrollo de la Escuela descrita en este ejemplar obra, la fórmula parece haber sido conjugar un propósito institucional claro y explícito, mantenerse fiel a los principios fundacionales que lo inspiraron, disponer de un cuerpo de docentes e investigadores calificados y de alumnos estrictamente seleccionados por sus aptitudes académicas.

Digna de destacar es la rigurosidad académica de este libro, la abundante información sobre hechos y personajes y la prolijidad y pertinencia de la descripción. Sin duda que la asociación de un historiador experto: el profesor Juan Eduardo Vargas, y de dos médicos interesados en la historia de la medicina: el recordado Dr. Benedicto Chuaqui y el Dr. Ignacio Duarte, ha sido en extremo fructífera y ha permitido poner a disposición del mundo académico y la profesión médica una obra de gran valor histórico, social y humano. ■

DR. ALEJANDRO GOIC G.